

EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN



DISCURSO

DE

DON SILVESTRE LOSADA CARRACEDO

EN LA SOLEMNE VELADA

DEL

COLEGIO DE 2.^a ENSEÑANZA DE PONFERRADA

QUE SUS PROFESORES Y ALUMNOS

CELEBRARON EN HONOR DE SU PATRONO

SANTO TOMÁS DE AQUINO

el 7 de Marzo de 1904, día de su festividad.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANGEL B. VELASCO

Travesía de la Parada, núm. 8.

1908

JT - F 3709

EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN



DISCURSO

DE

DON SILVESTRE LOSADA CARRACEDO

EN LA SOLEMNE VELADA

DEL

COLEGIO DE 2.^ª ENSEÑANZA DE PONFERRADA

QUE SUS PROFESORES Y ALUMNOS

CELEBRARON EN HONOR DE SU PATRONO

SANTO TOMÁS DE AQUINO

el 7 de Marzo de 1904, día de su festividad.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANGEL B. VELASCO

Travesía de la Parada, núm. 8.

1908

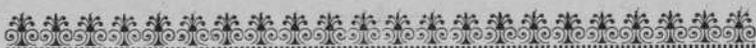
A mi muy querido amigo
el ilustradísimo profesor
D. Floy de la Cueva
Interventor de ordenación
de la finca - bap
Nicolás de la Cueva

Seberenda 17 IX 908



T. 1267136
C. 71735013

R. 163037



Señores y Señoras:

INVITADO por el compañero Director del Colegio á tomar parte en esta velada á gloria de *El Angel de las Escuelas*, á pesar de mi pequeñez y repugnancia á la exhibición, paladinamente os confieso que no he podido excusarme, en gracia de sus meritísimos anhelos por el lustre de este Centro de Enseñanza y brillo esplendoroso de nuestro pueblo.

Hace años que no se leen aquí las renombradas *Memorias de los Directores oficiales*, quienes á una, figurando á la cabeza por su celo y desinterés no desmentidos el insigne patricio don Isidro Rueda, agotaron las galas del bien decir al confeccionar sus discursos inaugurales con el oro puro de la ciencia y la forma exquisita del sentimiento.

Pasaron ya aquellas solemnidades académicas, como pasaron los doctos y santos religiosos que habitaron esta casa (1), los cuales alumbraron también á vuestros padres con la luz de la ciencia y nutrieron á vuestras familias con la sal de la virtud.

Un político de oficio, de cuyo nombre no quiero acordarme por su infausta memoria para nuestro pueblo, cuando fué Ministro de Fomento, al promediar un Curso Académico, sin previo aviso siquiera, quítonos la ocasión á las solemnidades patrióticas, suprimiendo *ab irato* y de una plumada nuestro caro Instituto, aun cuando el propio Gobierno era la causa de su vida lánguida y azarosa, al mermar los intereses con que lo dotara el fundador D. Diego Antonio González, y al retener otra fundación cuantiosa consagrada á instrucción pública, hecha precisamente por otro D. Diego González.

El hombre hasta se creyó facultado para llevarnos el mobiliario, Biblioteca y Gabinetes á tanta costa adquiridos por la Junta del Colegio, dando así una lección de derecho modernista al que poco después ocupó el Ministerio de Gracia y Justicia, que á su ejemplo pretendió disponer también del rico mobiliario de nuestra Audiencia.

¡Qué contraste de Ministros! El Sr. Alonso Martínez nos concedió la Audiencia de lo Criminal; el Sr. Conde de Toreno creó nuestro Instituto, concediéndole subvenciones y el señor Alvareda lo subvencionó é hizo dádivas. Los tres son acreedores á nuestra eterna gratitud, como bienhechores de nuestro pueblo. Yo con fruición los asocio al generoso Fundador, pidiendo para los cuatro un recuerdo y una oración en sufragio de sus almas.

Creo interpretar fielmente vuestros patrióticos sentimientos y me hago un deber en pensar como vosotros y sentir con vosotros. ¿No os sentísteis maltratados en la pobre disposición del Ministerio de Fomento?... Por lo que á mí toca, os aseguro que sufrí el mayor de los desencantos.

Nunca he tomado en serio las mágicas palabras de justicia,

(1) Es el convento de PP. Agustinos de esta villa.

beneficencia é ilustración, pregonadas en todos los tonos por la escuela liberal: pero no podía convencerme que llegara tan pronto el día en que esa misma escuela dispusiese á su antojo de los bienes dejados por nuestros padres para instrucción de sus hijos; puesto que eso es distraerlos, no pagarlos, ó demorar su pago con fútiles pretextos. Tal conducta me hizo daño, porque si como ciudadano deseo la instrucción gratuita para todos, como sacerdote la quiero especialmente para los pobres y pequeños.

Dispensadme el desahogo. La supresión del Instituto y la morosa regularidad en el pago de las Láminas de nuestro Colegio, son dos espinas que tengo clavadas en el corazón y no puedo descansar sin arrancarlas y arrojarlas á la plaza pública.

Da mihi, Domine Deus sapientiam et
intelligentiam.

II Paral. I. 10.

I

Todos me conocéis y os supongo convencidos que soy entusiasta admirador de la instrucción. Mi mayor deseo sería que todos la tributasen el más ferviente culto. Yo me complacería mucho en que todos los hombres fueran muy instruídos; porque de serlo, los que habitamos este revuelto planeta, lugar de obscuridad y miseria, nos pareceríamos á los moradores del cielo, que se agitan al compás de la obediencia, beben la sabiduría en el foco mismo de la luz y gozan el bien en torno del Ordenador Increado.

He aquí por qué, lejos de sustraerme á sus autorizadas indicaciones, me asocio con gusto al ilustrado Claustro de Profesores, que sustituyen la obligada solemnidad académica por la cátedra voluntaria, poniendo sobre el pavés al hombre providencial, prodigio del saber y patrono de la juventud estudiosa, que supo armonizar la razón, la santidad y la fe con la ciencia, la ilustración y el progreso.

Muy bien hace el Claustro de Profesores en congregarnos aquí para celebrar al dechado de la sabiduría. Yo de antemano le felicito por tan levantado acuerdo.

Honremos á los varones ilustres, nos dice el sabio, como honramos á los padres, de quienes descendemos. Tuvieron autoridad de reyes y de príncipes para gobernar á los pueblos y adoctrinaron á las gentes con su virtud, disciplina y literatura.

Su nombre creció como el polvo, brilló su fama como las estrellas y su poder extendióse de río á río y de mar á mar, hasta los confines de la tierra: *Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes*, vuelve á decir el sabio; fueron hombres ricos en virtud y amantes de los buenos estudios.

La instrucción ciertamente es la ocupación más digna del hombre; porque con ella educa su corazón para la virtud y su alma para conocer la creación, aprendiendo á conocer á Dios y á sus criaturas y por ende sus mutuas relaciones. «Quien dice instrucción dice civilización, luces, humanidad, moralidad, libertad, justicia, bienestar y prosperidad», como afirma Víctor Hugo. Por eso canta el poeta que «el ignorante es ya un hombre muerto y sepultado en vida.»

Hay que convenir en que la instrucción es la vida por excelencia. La inteligencia se debilita como la luz del otoño y enferma los ingenios si no se les alimenta con la ciencia, la virtud y el estudio.

II

Saliera el tiempo apenas y con trabajo del seno de la barbarie y marcaba en el reloj de la Providencia el siglo XIII. Era una época de transición, digámoslo así, en que la humanidad jugaba sus ulteriores destinos. Por un lado los señores feudales, ignorantes y fanáticos, desde que la clara estirpe de Carlo Magno dejara caer de su frente la diadema imperial y las coronas reales campaban por sus respetos, ejerciendo únicamente la salvaje profesión de los hijos de Marte; por otro el sacerdocio católico, incontaminado de los vicios sociales, aproximándose al hombre, creaba la autonomía de la parroquia y del municipio, formaba al ciudadano y le imprimía el sello del ser moral, inteligente y libre.

Parece que los genios del mal y del bien habían descendido á la arena á disputarse los fueros de la civilización, quedando indecisa la victoria.... Empero ya se podía adivinar quién había de vencer en la lucha.

La sociedad era ruda, licenciosa, ignorante, turbulenta, y las pasiones vivas, enérgicas, violentas y bárbaras; pero ya contenía al hombre la idea de legitimidad, la razón, la justicia, el Tribunal de Dios. El hombre era víctima de la ignorancia y de la braveza de costumbres; pero ya le paraba la presencia de los grandes maestros y le cautivaban lo grande, sublime y heroico.

No es extraño. El sacerdocio católico inoculara en sus entrañas el contraveneno, y la humanidad podía ya abrir los ojos para mirar de frente la luz de un nuevo día.

III

Observamos por la historia que Dios nunca dejó á la humanidad abandonada á sus propios instintos; por lo contrario, vemos que siempre ha intervenido en las crisis humanas. Ciego necesita estar quien no vea que cada época histórica lleva en su seno el germen de la subsiguiente. Si el germen es bueno, Dios está á punto de intervenir; si malo, hay que esperar más las divinas misericordias; porque la humanidad, degenerada por el pecado, que no es más que polvo, miseria y corrupción, aún es hija de Dios, y á la corta ó á la larga vendrá á ser objeto de las divinas bondades.

Y el germen será bueno, cuando la humanidad tiende al bien y á la luz, y malo, cuando además de la inteligencia está viciado el corazón. Es la época más menguada de la historia. ¡Época triste, de costumbres pervertidas y de tinieblas intelectuales, en que los ciudadanos son oprimidos, burladas las familias, esquilados los pueblos y vendidas las naciones!

Las épocas históricas se causan sucesivamente y sólo por excepción dejan de corresponderse y causarse. En el primer caso, el hombre, con la ayuda de Dios, pone las premisas de las ideas, de la rectitud y del trabajo, que se van desarrollando por gestión paulatina hasta el día providencial en que aparece la nueva época: en el segundo, la humanidad se estaciona ó se vuelve atrás, ó Dios en sus inescrutables designios quiere trans-

formar el orden de las cosas; y entonces, sea cualquiera la preparación del terreno, haciendo Dios alarde de su poder, más ó menos ostensiblemente, suscita los elementos que se imponen á las cosas, á los hombres y á los tiempos, como sucedió en la destrucción del paganismo, en la caída del imperio romano y en el descubrimiento de América. En ambos casos se nota que las épocas causadas no salen, como Minerva de la cabeza de Júpiter, definidas y completas, sino que aparecen como un campo cultivable: entregado á la actividad del hombre. En tal situación, si el hombre es ingrato á Dios, no poniendo en juego los elementos de que dispone, se estaciona el progreso: más si reconoce su impotencia, acude á Dios y se mueve por su gloria, como acaeció en la epopeya de las Cruzadas y en el cisma de Occidente, por ensalmo surge el genio, que Dios educa para dirección de todos.

IV

El genio es un sol que Dios enciende en el zenit de las sociedades, para que las alumbre en la tormenta: otras veces es un talismán á cuyo influjo se operan las metamorfosis que reclaman las ideas y las costumbres. Dios hácelo surgir de ordinario, cuando las sociedades necesitan resolver grandes problemas religiosos, filosóficos, políticos ó sociales, que es cuando más precisan de luz y guía. La humanidad entonces se preocupa mucho del porvenir; y como Dios quiere la transformación de la sociedad, el *quid divinum* que mueve sus entrañas y alienta en la atmósfera que la circunda, inspira al hombre el afán de saber y le resuelve á obrar, y como consecuencia, la sociedad se ilustra, la humanidad se ennoblece, la civilización toma cuerpo y el hombre corre en busca de sus altos destinos.

Hallámonos cabalmente en presencia de esa época de la humanidad, en que tanto bien y tanto mal informan su historia y en que la ciencia particularmente, directora obligada de todas las energías, necesitaba más de una base y de un régimen.

El estudio se traducía en sutileza, la razón se empleaba en cavilosasidades, la aristocracia se entregaba á la violencia, la nobleza se complacía en avasallar, la política era conocida por la guerra, las multitudes necesitaban aire, los pueblos pedían derechos, los espíritus ansiaban luz, la humanidad buscaba lo desconocido, las clases todas deseaban mudar de postura, en tanto que la religión exaltaba los ánimos y la moral dictaba los propios deberes.

Los materiales estaban reunidos; sólo faltaba el químico experimentado que, conocedor de la virtud de cada elemento, hiciese la amalgama para que de su unión fortuita no resultase el incendio ó la ruina, sino que combinados por su experta mano, fueran para la sociedad progreso y salud.

V

Y surgió el hombre providencial que se necesitaba: Dios lo hizo aparecer en la persona de Santo Tomás de Aquino, para encauzar y unir los principios encontrados de aquella época.

Efectivamente: en el primer tercio del siglo XIII, cuando aquellos elementos estaban á punto de engendrar una nueva barbarie, aumentada con los furores del fanatismo religioso y los horrores del fanatismo bélico, apareció en la escena del mundo ese hombre extraordinario, dotado del carisma de la sabiduría, ó sea de la instrucción acompañada de todas las virtudes, para enseñarnos que debemos saber las cosas y ponerlas al servicio de Dios.

No se puede mirar á Santo Tomás sin ver en él los caracteres de la misión divina. Al bautizarle pusieronle el nombre de Tomás, como lo anunciara un Religioso ermitaño, que también pronosticó su importancia futura. Desde niño se entregó de lleno á la oración y al estudio, únicas ocupaciones á que tuvo afición durante su vida. Hizo grandes progresos en las ciencias, pero aún fueron mayores en la virtud, y para no malograrlos buscó puesto seguro en la Inclita Orden de Predi-

cadores. Por obediencia tomó la borla de Doctor en la célebre Universidad de París. Enseñó en Bolonia, Fondi, Olviète y Pisa con la misma reputación que en París, dejando en todas partes tanta memoria de su heroica santidad como de su prodigiosa sabiduría. Sus primeros maestros eran la Santísima Virgen y el Divino Crucifijo, con los cuales se complacía en dar siempre principio á sus estudios.

Santo Tomás de Aquino, según San Antonino de Florencia, nunca perdió de vista á Dios, conversó frecuentemente con los Ángeles, tuvo éxtasis maravillosos y de ordinario los Apóstoles San Pedro y San Pablo le dictaban la exposición de sus Epístolas, y el Papa Juan XXII afirma en la Bula de su canonización que su doctrina tuvo más de *infusa* que de *adquirida*. Por esto escribió tanto, y á juzgar por el acierto con que lo hizo, parece que robó á Dios los tipos de las cosas, por la verdad con que los trasladó de la mente divina á la suya. Después les dió cuerpo y forma, de tal suerte que sus obras fueron el mejor arsenal para combatir los errores de su tiempo y de los posteriores.

Santo Tomás se adelantó á las edades: como profeta vió el porvenir de las ciencias y las objeciones que habían de oponérseles, y como ángel conoció las resoluciones, habiéndolas legado á la posteridad en cien escritos teológicos, filosóficos y morales. En ellos vació la justicia, la razón y la ciencia, con la misma claridad y verdad que existían en su entendimiento. Su lógica hizo enmudecer á los herejes y destruyó los sofismas de los dialécticos. De aquí la celebridad inmortal de su nombre.

¡Privilegio singular en la historia! Sin ponerse previamente de acuerdo, todos le llamaron *Ángel de las Escuelas* y *Doctor Angélico*.

Fué tanto el prestigio de su nombre y la autoridad de su saber, que en vida se le consultaba como á *universal oráculo* y en muerte todas las escuelas se hicieron el deber de enseñar las ciencias por sus obras,

VI

Veamos ahora los resultados positivos y prácticos de la labor científica y social de Santo Tomás de Aquino.

El Doctor Angélico hace época en la marcha del espíritu humano. Su santidad, su ciencia y su disciplina debían cambiar la faz del mundo y la cambiaron. Antes de Santo Tomás, las costumbres públicas y las ideas estaban separadas, es decir, no se hallaban unidas en las mismas personas y en las mismas clases sociales. Cada familia formaba una sociedad con sus peculiares tendencias, según la educación que había recibido del sacerdote, del amo ó del guerrero. No había más que altos y bajos; la clase media, compuesta de unos pocos plebeyos, que aprendieran que el Evangelio era un Código de Libertad, y de otros pocos nobles, segundones que, saliéndose de los moldes del feudalismo, se dedicaran al estudio y prácticas de la religión, era asaz, reducida. El señor, que entonces podía serlo cualquiera, solía ser guerrero y bárbaro y no respetaba la propiedad particular, ni la vida del hombre, ni el santuario del hogar, ni el honor de la esposa, ni la virtud de la doncella, ni el tabernáculo de Cristo, en tanto que sus súbditos, reducido el número de vasallos, eran humildes como los hijos de la Cruz, piadosos como los anacoretas del desierto, é ilustrados cuanto podían serlo en aquel caos, del que incesantemente forcejeaban por desasirse sin rebelarse, para salir de aquella esclavitud y entrar en el nuevo mundo que ya veían en lontananza.

Pero después de Santo Tomás las clases se funden, los señores hácense religiosos sin dejar de ser guerreros, y los súbditos hácense guerreros sin dejar de ser religiosos. Los humanos conocimientos hiciéronse comunes, hermanáronse los señores y los vasallos, suavizáronse las costumbres públicas y por altos y por bajos practicóse la religión hasta en sus consejos más austeros. Entonces nacieron los caballeros cristianos de verdad, tipos característicos de la Edad Media, aquellos caballeros que sólo á

Dios, á su patria y á su dama ofrecían sus amores: héroes de fuego en el combate y que en familia se templaban con la misma facilidad que se templa la lira de un bardo.

Aquello era el principio de una verdadera edad de oro. Santo Tomás echara los cimientos del gran edificio de la civilización, porque merced á su doctrina, á sus enseñanzas y á sus escuelas, ya había pureza de costumbres, rectitud de intención, amor al derecho, justicia, religión, santidad, caballeridad, ilustración, prurito de saber, patriotismo, política, respeto al hombre y á las cosas, fidelidad en los contratos, heroísmo en la guerra y en la práctica de la virtud; principios salvadores de civilización, en cuya posesión estaríamos ahora á no haberlos malogrado el renacimiento, el protestantismo, el filosofismo y el liberalismo.

¡De tanto son capaces la educación y la instrucción, cuando son rectamente dirigidas y practicadas!

VII

La instrucción, si bien se mira, es una segunda naturaleza más excelente que la primera. Para conocer sus quilates nos basta averiguar lo que de ella pensaron los grandes hombres, ya cuando trataban de ella directamente, ya cuando aplicaban los epítetos más denigrantes á los ignorantes y á la ignorancia.

De los ignorantes decía Carlos de Suecia que eran más perjudiciales que los malvados; Pío II, que sólo se diferenciaban de los brutos en que no andaban en cuatro patas como ellos; San Jerónimo, que eran de alma pequeña; Feijóo, que eran el vulgo del mundo, y nuestro Campoamor, con la gracia que le es peculiar, que eran los negros de la casta blanca.

«La ignorancia», según Platón, «es el sumo mal»; según San Isidoro, «es la fuente de los errores, la madre de los vicios y el origen de los males del alma», y según Boshe, «es el enemigo más formidable del hombre.»

Pero cuando los escritores expresamente hablan de la educación y de la instrucción no se contentan con anunciarlas simplemente, sino que apuran las voces más laudatorias del diccionario para enaltecerlas.

«Educar es edificar», dice Víctor Hugo.

«Educar es aprender á respetar y venerar», dice el célebre Jesuíta P. Félix.

«Educar es más que aprender á hablar, porque es aprender á pensar bien», dice el Abate Gaume.

«La educación es el pasto del alma, como el manjar de cada día es el pasto del cuerpo», dice Roque Barcia.

«La educación es el progreso del hombre», vuelve á decir el P. Félix.

«La educación es el capital mejor empleado», dice Keller.

«La educación es el mejor y más cuantioso patrimonio que los padres pueden legar á sus hijos», dice Guillermo Ballester.

«Con la educación se formaron siempre los buenos ciudadanos», decía Isócrates, y «de la educación ha dependido siempre el porvenir de los pueblos», dijo San Juan Crisóstomo.

«El hombre instruído, dice Carlos Rubio, es más hombre, y el que no lo es, es hombre á medias.»

«La instrucción, nos dice Horacio, desarrolla el germen del talento». Pero Horacio, poeta sensual y terreno, miraba demasiado hacia la tierra; si hubiera levantado los ojos á las alturas, adonde miran los verdaderos filósofos, como ellos, vería que la instrucción no solamente desarrolla el talento, si que también nutre el alma de conocimientos científicos y de ideas morales que completan al hombre.

«La instrucción, dice Platón, es una cosa divina»; y altamente divina porque, según afirma el divino filósofo, «sólo un Dios puede ilustrarlos y el hombre solamente es bueno por la instrucción.»

«La verdadera instrucción es el peso más poderoso para contener nuestras pasiones», como asegura Jeremías Tayllor; «porque lleva la semilla de todas las verdades y de todos los sentimientos», según La Bruyere.

Al escribir Diógenes que «la instrucción es un adorno en la prosperidad y un refugio en el infortunio», dijo una gran verdad; «porque el sabio nunca está solo», como dice Antístenes.

«Las raíces de la instrucción son muy amargas, pero sus frutos son muy dulces», como dijo Demócrito.

La mayor de las verdades dijo nuestro inolvidable Aparisi al pronunciar aquellas memorables palabras: «la instrucción es un seguro para la vida y un pasaporte para la eternidad.»

VIII

Debemos tener muy á la vista que «el estudio es medicina para el ánimo», como decía Cicerón, y que «el hombre que más estudia más frutos saca de la vida», según la gráfica frase de Federico II de Prusia.

El instituto efectivamente es el hogar del ser moral é inteligente, desde el cual vemos más de cerca á Dios y sus obras, como los vió el «Angel de Aquino.»

Los conocimientos del hogar son asaz limitados. Abre el hombre los ojos á la luz, y empieza á llorar para decirnos que está en el mundo; siente el dolor, sufre la enfermedad y presencia la muerte; ve en torno á sus semejantes, y al cuadrúpedo y al ave y al pez y al reptil, no sospechando otras vidas; sabe que tiene un alma que entiende, quiere y recuerda; se convence que depende y es responsable de sus actos; entiende que es verano porque el sol le alumbrá de más alto; que es invierno, porque está más bajo y que es Otoño ó Primavera porque está en un medio; observa que las plantas nacen, crecen, se hojean, florecen y fructifican y que las semillas echadas á la tierra germinan; tiene por suyo el campo heredado ó adquirido con su trabajo; conoce el rayo por sus destrozos, la tormenta por su furia, la lluvia por sus beneficios, el granizo por sus daños, y la nieve por su blancura; se persuade de la obligación de obedecer á sus padres, á la autoridad y al gobierno, á quien paga los tributos porque defienda su honra, su vida y su hacienda;

mírase en el centro del Universo, bajo una bóveda azul, sobre la cual se mueven el sol, la luna y las estrellas; cree en un Dios á quien adora como á creador y teme como á juez; explícarase en fin de alguna manera la religión y la moral, debido sin duda á su intuición y á las tradiciones de la familia.

He aquí, en líneas generales, la ciencia del hogar, notándose que en esta escuela el hombre sabe más de las cosas del espíritu que de las mismas cosas corporales, que ve con sus ojos y toca con sus manos.

Vayamos ahora al *Instituto*, es decir, que el hombre se instruya, y la decoración cambiará por completo. «Aunque todo lo que sabemos es la menor parte de lo que ignoramos,» como decía Trimegistro, porque las ciencias no alcanzaron aún la mayor edad, veremos que el hombre está ya instruído en las cosas que caen bajo la acción de los sentidos y en las que precisamente estaba menos adelantado. Tal será siempre el provecho que alcanzará el hombre del cambio de la escuela del hogar por la escuela de la ciencia.

El espíritu humano anduvo á tientas mucho tiempo á los umbrales de cada ciencia, en parte por haber juzgado de las cosas con criterio poco recto y seguro, y en parte por haber prescindido de la tradición y del auxilio ajeno, como si la razón individual por sí sola fuera capaz de saberlo todo. Á costa propia se convenció de su error; porque las ciencias todas, divinas y humanas, convergen á un foco, que es Dios, y se ayudan las unas á las otras para conocer la creación. Las ciencias, como las Musas, se asieron de las manos yendo juntas á arrancar al mundo sus preñados secretos y entrar en el mundo del espíritu para allí ver el orden de las cosas.

Santo Tomás tomó las ciencias así unidas, y sirviéndose de unas para entender las otras, adquirió el maravilloso saber que admira el mundo. Parece que subió al Empireo, donde se puede mirar á Dios de hito en hito y aspirar la luz indeficiente.... Y es lo cierto, que como si hubiera asistido á los eternos consejos, aprendió la ciencia de Dios y conoció las causas y los fines de las cosas creadas y distinguió sus diferencias y relaciones y

entendió el don de la libertad, concluyendo por saber explicarse las catástrofes humanas y apreciar las misericordias divinas.

El Doctor Angélico adquirió la sabiduría para conocer y alabar á Dios, buscándola en la propia divina esencia, y su talento la tradujo en ciencias teológicas, filosóficas, morales, sociales y políticas, que constantemente ponía al servicio de Dios, para decirnos su origen divino y enseñarnos como las debíamos de emplear.

IX

Santo Tomás estudió para ofrecer á Dios los adelantos de su época. ¿Por qué nosotros no hemos de imitarlo? No pretendamos volar como él, porque nos faltan sus alas para subir á las alturas de la *aseidad*; pero podemos detenernos en este Universo, que asimismo nos ofrece estudios importantísimos, que también conducen á Dios. Aquí también, aunque en otro orden más humilde, hay ciencias altísimas, que anonadan la mente, como las que proceden directamente de la misma idea de la Divinidad.

Arranquemos por un momento algunas páginas de ese gran libro abierto de la creación, donde Dios ha escrito su nombre, y nos sorprenderá la edad del Universo y nosotros suspendéremos á nuestra vez las palpitaciones de la vida en las mismas regiones de la muerte y veremos la omnipotencia de Dios en los propios abismos de la inmensidad.

Señores: No toméis mi empresa por arrogancia. Yo no puedo ni quiero igualarme á Santo Tomás, al decirnos cosas maravillosas. En este punto os diré con Sy-Dhenam: «Después de mucho estudio, juzgué haber hecho grandes progresos, y..... ví que sólo había abierto los ojos para llenarlos de polvo.»

Aquí no hay más sino que nos encontramos, entre otras, con tres ciencias naturales desconocidas en tiempo de Santo Tomás de Aquino, que maravillan por su desarrollo y abundancia de

datos, adquiridos en virtud de una incesante observación y adelanto de las artes.

El hombre moderno quisiera ir á Dios, como Santo Tomás, por el camino directo y por el atajo; más no se atreve y prefiere hacerlo más poco á poco y por caminos más largos, para llegar á la misma conclusión, ó sea al conocimiento de la divina grandeza. Y lo consiguió estudiando, desmenuzando y analizando las obras de Dios, por medio de la Geografía, la Biología y la Astrosofía.

Son tres ciencias que el ilustradísimo Colegio quiere ofrecer al cultivador más eminente de la sabiduría, y yo las coloco á manera de potencias (adorno propio de la cabeza de un ángel) sobre la gloriosa cabeza de Santo Tomás de Aquino en este aniversario de su apoteosis, rogando al Santo que las acepte y las ofrezca á Dios en nuestro nombre, como en el suyo le ofreció las de su tiempo.

X

Antes de ahora se creía que nuestro planeta no contaba más que seis mil años de existencia. Los historiadores y geólogos tomaron demasiado á la letra el relato que de la creación nos hace el Historiador Sagrado, Moisés, el cual distribuye la obra de la creación en seis días, poniendo en el sexto la formación del hombre. Respecto á la antigüedad de éste ya no hay duda, porque la ciencia ha convenido que el hombre no tiene más edad; pero al fijarse en las capas de la tierra, en las petrificaciones que contiene y su relativo paralelismo, háse visto que las edades del globo difieren mucho de la edad del hombre. En tal conflicto, porque Moisés, como historiador inspirado, no podía engañarse ni engañarnos, hicieron un estudio más detenido del Hebreo, lengua en que Moisés escribió su Pentateuco, y averiguaron que el Historiador Sagrado no hablaba de días naturales, sino de épocas ó períodos indeterminados de tiempo. Así se explican las edades de uno y de otro. Luego clasificaron los pisos suprapuestos, ordenados como las hojas de un libro, y ads-

cribieron á cada una de sus páginas su edad y su terreno con sus fósiles y demás solidificaciones, observando que unos y otras correspondían á la narración mosaica.

Y, efectivamente: Del Libro de Moisés y del Libro de la Naturaleza resulta, que tan pronto nació la crisálida terrestre, al mandato divino debió aparecer la mariposa de la vida, después las formas protozoicas, más tarde el molusco, la planta, el pez, el ave, el cuadrúpedo y por fin el hombre, revestido de la soberanía del globo terrestre.

¿Cuánto tiempo duró la formación de cada piso? ¿En qué época apareció la primera vida? ¿Qué años, siglos ó milenarios trascurrieron entre vivientes y vivientes? No se sabe. Únicamente sabemos por el estudio de estos pisos la sucesión de la vida y que los géneros y las especies no aparecieron hasta que tuvieron ambiente propio.

Empero no paró aquí el estudio del hombre sobre el planeta que habitaba. Observando la figura esférica de la tierra, que su movimiento de poniente á oriente era común á los demás astros, que los cuerpos celestes conocidos giraban en derredor de un centro desconocido y que todos los cuerpos celestes se componen de una misma sustancia, según resulta del análisis espectral, dedujo que todos salieron por desprendimiento de un astro inmenso ó masa central á consecuencia de cataclismos espantosos causados por el fuego.

Y este astro es probablemente el núcleo de la materia ignea que Dios creó al principio de los tiempos, llamada *Nebulosa* (1), la cual, de resultas de los movimientos producidos por su inmenso calor, fuese fraccionando y formando los soles del Universo.

En un principio nuestro planeta fué indudablemente un globo de fuego desprendido del sol, con luz propia como el sol, que se fué enfriando paulatinamente hasta llegar al estado actual, así como el sol se desprendió de la *Nebulignea* con toda su corte de cometas, planetas, satélites y asteroides.

(1) Mejor se llamaría *Nebulignea*, por ser realmente una niebla de fuego.

Siendo así, nuestra tierra ha pasado del estado igneo al fluido, del fluido al gaseoso, del gaseoso al vaporoso, del vaporoso al acuoso, del acuoso al pastoso y del pastoso al sólido. ¿Qué lapso de tiempo ha transecurrido en cada uno? Casi no puede calcularse. Aquí ya no se cuentan los años por siglos, sino por miles y millones.

Y que la formación de la tierra tuvo al fuego por causa, nos lo dice ese mismo fuego existente en el seno del globo. Hace muchos miles de años que la superficie de la tierra se ha enfriado y es ambiente de la vida, y, sin embargo, ese fuego no solamente no se ha extinguido, sino que hierve debajo de nuestros pies á temperaturas incalculables, á ochenta mil grados, dicen algunos. Esa masa ignea, en continua y potente ebullición, está encerrada en una capa ó costra de tierra, tan ténue, que sólo tiene algunos kilómetros de espesor, y si no tuviera respiraderos naturales, ó sea los muchos volcanes que conocemos y otros que todos los días se anuncian con estrepitosas manifestaciones, el globo terráqueo estallaríase como una castaña.

XI

La existencia de los seres que pueblan el globo, es todavía más maravillosa. Lo que á la simple vista observamos nos llena de asombro. ¿A quién no admira la prodigiosa variedad de las plantas? ¿A quién no maravilla la inmensa diversidad de los animales? ¿A quién no extasia un día de primavera, al aspirar los aromas que los céfiros nos traen en sus alas, viendo la hermosura del campo florido y escuchando la no aprendida música de los pájaros en la enramada? ¿A quién no embebece tantas armonías, no embelesan tantos colores y no ciega tanta luz?

Pues todo lo visto es muy pequeño comparado con lo que el mundo del microscopio nos ofrece. Con el auxilio de este aparato ya podemos sorprender vidas y vegetaciones donde antes no soñábamos. Creemos pura el agua que bebemos, y con el

microscopio veremos en un vaso cien reinos de parásitos y vegetales. Con el microscopio podemos ver los miles de microbios que nadan en nuestra sangre y corren por nuestros músculos. Mirad al microscopio un pedacito de pan mohoso y al instante os veréis transportados á los jardines de Flora y Pemoná, ó sea á un jardín poblado de toda clase de arbustos y árboles: secos, hojeados, floridos ó coronados de frutos y embellecidos con pájaros de cien colores. Machacad un poco de heno humedecido y exponed el líquido que saquéis al relente de una noche, y en una sola gota, con un microscopio potente, veréis todo un mar poblado de mariscos y reptiles, que juegan ó luchan, en tanto número y tan pequeños, que se podrán colocar más de cien mil sobre la cabeza de un alfiler. Seguid manejando el microscopio y veréis la vida exhuberante en los puntos más incompatibles con ella: la veréis amontonarse sobre sí misma en la existencia de millones de parásitos, que á su vez son sustituidos por otros más pequeños, que se multiplican en números incalculables.

XII

Por medio del microscopio vimos á Dios en las vecindades de la nada. Volemos ahora en alas del telescopio por los campos de la inmensidad á ver si le encontramos en su Trono de *Luz Indeficiente*.

Volemos con la velocidad de la luz, que cada minuto anda más de 25 millones de kilómetros.

Y entramos en la Eclíptica donde pace el *Aries* y rumia el *Tauro* espigas de oro, según la poética frase de nuestro Lope de Vega para registrar los cometas y planetas de nuestro sistema solar, y en ninguno de ellos vimos el Trono de Dios.

Y nos asentamos en el sol después de haber andado en ocho minutos treinta y ocho millones de leguas, y tampoco vimos el trono de Dios.

Tomamos el camino de otros soles, llegando á la estrella

más vecina, la primera del Centauro: tardamos tres años y ocho meses para andar ocho billones y treinta mil millones de leguas, y no hallamos el Trono de Dios. Pasamos á la segunda más cercana, la primera de la Constelación del Cisne, tardando nueve años y medio para andar veintiún billones de leguas, y no vimos allí el Trono de Dios. Llegamos á Vega en veintiún años, á Sirio en veintidós, á la Osa Mayor en veinticinco, á Arturo en veintiseis, á la Estrella Polar en cincuenta, á la Cabra en setenta y dos, á otras muchas en cien, en mil, en diez mil, en veinte mil, en cincuenta mil años.... y en ninguna hemos visto el Trono de Dios.

Quisimos aún continuar nuestro viaje á donde el pensamiento vislumbraba el Trono de nuestro Dios: pero los ojos cegaron con tanta luz á través de tantos focos de fuego, y la cabeza se desvaneció.... indudablemente porque aquellos espacios no eran moradas propias de los míseros mortales.

¡Y no son poco curiosas las noticias adquiridas en tan vertiginosos viajes! Y las popularizamos porque nos enseñan la extensión del Universo y el poder de Dios.

La ciencia cristiana se gloria de haber aprendido en ellos que el Imperio solar abarca un campo de 64 mil millones de leguas, en que, con orden admirable giran más de 200 planetas con muchos y variados satélites y un número incalculable de cometas: que las estrellas son otros tantos soles y centros de otros tantos sistemas planetarios con sus satélites y cometas: que estos centros solares, diseminados en todas direcciones del espacio, se cuentan por miles y millones: que estos soles desprenden diferente luz, blanca, azul, verde, amarilla, anaranjada, roja, de esmeralda, rubí, escarlata, plata y oro, y que todos giran en derredor de un astro central inmenso, sol del Universo, que á todos los atrae.

Señores: hemos formado la corona, que los alumnos y profesores del Colegio ofrecen á su Patrono Santo Tomás de Aquino. Nada hemos puesto de nuestra cosecha. Los sabios que perciben la verdad en el murmurio de los átomos y en las armonías

de los Cielos, nos han prestado los materiales y nosotros no hemos hecho más que coordinarlos. Ellos han enumerado las edades de la tierra; ellos han contado los grados de calor de su vientre; ellos han sorprendido los más secretos latidos de la vida; ellos han dispuesto de la luz como se dispone de un dígito; ellos han pesado el sol y sus planetas; ellos han medido las energías del pensamiento y las facultades del alma; ellos han viajado por los espacios inconmensurables del firmamento y medido las enormes órbitas de los soles; ellos, en fin, han visto á Dios en las fronteras del infinito y de la nada. ¿Por qué nosotros no le hemos de ver también en nosotros mismos, aspirando á la sabiduría y siendo sabios como ellos?

La sabiduría es el primer vestido con que Dios cubrió al hombre. Se compone de virtud y ciencia, según Lactancio: por la virtud subimos hasta Dios en traje de gala; por la ciencia traemos á Dios á nuestro espíritu, fijando en nuestra mente la imagen divina.

No en vano nos dotó Dios de inteligencia para conocerle, de voluntad para amarle y de memoria para recordar sus beneficios.

Dios es la suma verdad y el sumo bien, objetos obligados del entendimiento y del corazón humano.

Cultivar las potencias es perfeccionar el pensamiento, telescopio del alma: y las potencias únicamente se perfeccionan con el estudio y la instrucción.

Nuestra mente es una tabla rasa en que solamente puede escribir la mano del estudio.

Aprender y enseñar son los dos primeros deberes del hombre social.

Debemos educarnos é instruirnos hasta ser sabios, como Santo Tomás de Aquino; porque sólo del sabio se dice que aprendió la verdad, imitó la belleza y practicó la virtud.

HE DICHO.

